

## Los Libros

PÁGINAS DE UN DIARIO, por *Enrique Molina*. Editorial Nascimento

Don Enrique Molina, que va y viene incesante por las rutas del mundo y de la cultura, nos cuenta en pocas páginas un viaje a Wáshington, donde asistió, en representación de la Universidad de Concepción, a un Congreso Científico Panamericano. «Por el libre desarrollo del espíritu» es el lema del plantel de educación superior que regenta el autor, y en verdad el señor Molina hace honor a este lema a través de su relato. Observador desprejuiciado y perspicaz, ninguna venda de convención o prejuicio, o de postura doctrinaria o interesada le nubla la vista. Don Enrique va observando los pueblos a su paso con imparcialidad, anotando complacido los signos de progreso, pero sin omitir tampoco los detalles adversos. Así vemos cómo en Antofagasta no se ha dado al problema económico de los bote-ros una solución que permita utilizar el magnífico molo de atraque. Aquí vemos que la ingeniería anda más rápida que la sociología, y lo que aquélla construye ésta no sabe aún aprovecharlo. En los países de Sud América que visita de paso, hay adelantos evidentes: carreteras pavimentadas, ciudades que se modernizan, barcos, ferrocarriles, aviones de nuevo tipo. Esto es esencial para este continente. Los medios de comunicación rápidos cambiarán la faz de estas naciones, dando acceso a todos los adelantos modernos y permitiendo intercambios de materias primas, mercaderías ideas.

Llegan al barco las tristes noticias de la guerra europea, la destrucción de ciudades, la ocupación de Holanda y Bélgica. El viaje da tiempo para proyectar en el infinito del mar y del cielo la significación de estas embestidas bárbaras en el curso de la historia. «No son nuevos en el cuadro de las tribulaciones humanas los imperialismos ambiciosos ni los ejércitos arrolladores de poblaciones débiles. Es una hoz que se ha venido empuñando de mano a través de los siglos, como en otra senda paralela más alta se ha venido empuñando la antorcha de la cultura. Empuñaron esa hoz en un tiempo los asirios, los egipcios, los persas, los romanos. Todos en forma sangrienta e irresistible. Pero todas esas avalanchas avasalladoras han pasado. Lo único que no pasa, que se mantiene, que vuelve siempre, como el sol después de las tormentas, es el ansia inextinguible del hombre de hallar un orden de justicia y de bondad, el ansia de una vida ajustada a los valores del espíritu». En los paisajes tropicales presenciarnos con el señor Molina el nacimiento de una nueva lengua, que se está formando con la fusión del inglés y el español. Signo promisor de una fusión de sangres y culturas que se acentúa cada día y que no habrá fuerza reaccionaria capaz de detener. El purismo racial y espiritual tiene sus partidarios fervorosos en todas partes, aun entre los pueblos atrasados que sólo pueden ganar con la mezcla. Entretanto la realidad nos dice que el cruzamiento de sangres y culturas es fecundo y que los pueblos más avanzados, liberales y tolerantes son los que tienen mayor superposición de razas y que más han viajado por el mundo, llevando y trayendo el polen de las civilizaciones. Una nueva lengua se está formando y antes de mucho los americanos hablarán un idioma que tendrá la melodía y la fuerza expresiva del inglés y la sonoridad y el colorido del español. Ahora la historia va en avión y los que antes exigía milenios se cumple en decenios.

El señor Molina es un admirador entusiasta de los norteamericanos y quiere para Chile un mayor intercambio de todo

orden con este gran pueblo, en el cual mucho iremos ganando. Es errado hablar de imperialismos, que es la dominación que un Estado ejerce sobre otros por la fuerza. La verdad es que nuestra vida económica está subordinada a otros pueblos más avanzados, porque somos civilizados como consumidores y no como productores. Hemos aprendido a usar y disfrutar de todo el instrumental de los pueblos cultos, pero no sabemos o no podemos fabricarlos. Si nos libramos de la tutela de un pueblo caeremos en la de otro, tal vez más dura. Rodó ha inducido a error al afirmar que los yanquis son un pueblo materialista y práctico y que los latinoamericanos somos los depositarios de la espiritualidad del hemisferio. Los del norte son más religiosos que nosotros, hacen vida espiritual más intensa. La grandeza material de aquel país nos hace creer que eso es todo, pero hay una profunda religiosidad, una vida artística y filosófica, un nivel cultural superior. El hombre rico no es necesariamente materialista. Lo es cuando vive groseramente, no cuando es un idealista y un filántropo como los potentados del norte. En cambio nuestra pobreza no tiene nada de cristiana, sino que está delirando por bienes materiales. La verdad es que la miseria en que vivimos nos hace ocuparnos únicamente de un resurgimiento material, base de toda vida intelectual. No se puede filosofar en un conventillo.

Hace un gran bien la lectura de este libro. Nos ratifica en convicciones que suelen vacilar al correr de los días. Nos muestra el desarrollo de los pueblos como una resultante de su vida espiritual, más que de otros factores materiales. Recobramos la fe en el porvenir de la paz, aunque estemos destinados a ser arrasados por la barbarie de la guerra. El progreso intelectual del hombre determina también su mejoramiento moral. No puede seguir siendo cruel el ser que tiene sensibilidad e imaginación para comprender el sufrimiento ajeno. La campaña por la paz mundial cuenta muy pocos años, el lastre de instintos salvajes y agresivos que arrastra la humanidad es demasiado

fuerte. Pero mientras más se destrozan las olas contra los duros acantilados más florecen de espumas. El bloque de instintos violentos de la humanidad es una montaña pétrea, pero la luz de lo alto la pule y disgrega, hasta que hace florecer la roca.

Acertado estuvo Mr. Kandel al invitar al Congreso de Wáshington al señor Molina, que ejerce, modestamente, un apostolado de bien público y se siente obligado a comunicar a los demás sus nobles esperanzas y hermosos sueños.—DAVID PERRY B.



CUTIMUNCU, Novela, por *Luis Toro Ramallo*.—Talleres Gráficos «Hogar del Niño». Santiago de Chile

En esta novela de Toro Ramallo, hermana pacífica de la beligerante «Chaco», su predecesora, el autor ha cambiado solamente el escenario. Los mismos personajes, con distintos nombres, representan ahora, después de la tragedia a todo estruendo de la guerra, el drama silencioso de la paz. «Cutimuncu»... Han vuelto desengañados—no derrotados—y mutilados y convertidos algunos en tristes «saldos» de la vida, los hombres que durante tres años terribles se batieron allá, en los abrazados desiertos erizados de espinas y de ametralladoras, del Chaco. Han vuelto al fondo del Altiplano inconvencible, que les recibe con su gesto de siglos inmovilizados. Después de las angustias físicas, el desbarajuste metafísico.

Bajo una trama de tonos quietos y primitivos, como los colores de esos ponchos incaicos cuyo símil evoca a menudo en las páginas descriptivas, el autor ha tejido el fondo impreciso de la novela: la locura de la contienda. Ahí está, Roberto Montero, Monterito, como le llaman cariñosamente los amigos, ex combatiente mutilado, el que al volver a su tierra, se da cuenta de que su mujer, creyéndolo muerto, por un parte de guerra, se ha ido a vivir con otro, obligada por el hambre y el desam-